

## ANTONIO LÓPEZ EIRE Y LA BÚSQUEDA DEL GRIAL

¿Cómo hacer un homenaje con palabras a quien ha descubierto todos sus secretos para dominarlas semántica y etimológicamente, a uno de los mayores maestros de la comunicación y la retórica teórica y aplicada, a quien era capaz de combinarlas con sabiduría y adornos, y exprimir sus más ricos matices en más de cinco idiomas? ¿Cómo expresar con palabras los sentimientos que afloran sin cesar tras los meses transcurridos desde su pérdida?

En 2005 conocí a Antonio gracias a unos colaboradores comunes. Este encuentro iba a marcar un punto de inflexión en la trayectoria investigadora de ambos. La mezcla era extraña: un reputado filólogo que ostentaba la cátedra de griego de D. Miguel de Unamuno y un desconocido ingeniero informático. Pero los hados del destino quisieron que entre ambos surgiera la química necesaria para encontrar las adecuadas sinergias que nos llevarían a forjar los cimientos de un grupo de investigación en torno al delicado y novedoso asunto de la formación *online*. Antonio aportaba todo un campo por explorar, la Teoría de la Comunicación aplicada a los entornos virtuales de enseñanza, mientras que el ingeniero buscaba ingenios con que poner luz en los diversos agujeros negros que la tecnología cambiante y caprichosa nos iba poniendo en el camino.

Con estas bases se forma el GRupo de investigación en InterAcción y eLearning, más conocido como *Grupo GRIAL*. Nos quedó, como sin querer, un grupo **multidisciplinar**: Tecnología, Humanidades y Ciencias Sociales estaban representadas en un inesperado y justo equilibrio; y un grupo **multigeneracional**: el equipo humano acogía miembros con una dilatada y exitosa carrera

científica, junto a otros que comenzaban con toda la ilusión y el empuje de la juventud, todos unidos en una marcada apuesta por la **transferencia de conocimiento**.

La búsqueda de nuestro *GRIAL* particular había comenzado. La componente multidisciplinar es políticamente correcta; pero la realidad del día a día es compleja y tozuda. No obstante, el balance de resultados –visto desde este presente efímero– ha dejado más momentos dulces que amargos, muchos más. El grupo fue quemando las etapas necesarias para consolidarse como Grupo de Investigación Reconocido (marzo de 2006) y como Grupo de Investigación de Excelencia de Castilla León (noviembre de 2007).

Cada paso, cada logro y, también, cada contratiempo eran motivo de interesantes encuentros con Antonio, encuentros que ahora recuerdo con la nostalgia triste de quien sabe que no volverán, que son únicos, joyas de valor incalculable para mi vida en mi recuerdo. Cómo olvidar las visitas a su despacho del Palacio de Anaya que durante tanto tiempo ocupó don Fernando Lázaro Carreter; se respiraba allí un destilado olor a libro viejo y a tinta fresca; se podía degustar allí un sabor a conocimiento que dejaba en la boca ese regusto digno de los mejores vinos, un placer intelectual que te hacía sentir insignificante ante tal derroche de sabiduría, y que al tiempo se traducía en la persistente sensación de que con los simples retales de la conversación mantenida ya te habías enriquecido globalmente como persona, y daba igual que hubiéramos hablado de un proyecto, de un curso, de una publicación o de la salud, o su falta, de nuestra querida Universidad. Fuera del despacho sacrosanto seguían las charlas en Las Caballerizas o los encuentros familiares en la casa de alguno de los dos; allí, ante una buena mesa y un mejor caldo –algo por el que ambos sentíamos natural predilección– Antonio volvía a sentar cátedra, de vida o de ciencia, a través de su experiencia vital y su calidad humana.

Comenzaba el verano de 2008 y habíamos encontrado una importante pista en la búsqueda de nuestro *GRIAL*. El grupo había conseguido una importante financiación en la convocatoria de Pro-

yectos de Excelencia de la Junta de Castilla y León, al que habíamos concurrido una vez más como grupo atípicamente multidisciplinar en el que una cabeza humanística osaba liderar un proyecto de base tecnológica. Pero lo habíamos logrado: su prestigio no era liviano, su historial pesaba mucho y estábamos entusiasmados, él más que ninguno porque el peor de los tragos para Antonio, el papeleo, lo teníamos debidamente controlado gracias al eficaz engranaje que habíamos tejido en el grupo; ahora ya sólo quedaba planificar y comenzar a desarrollar nuestro proyecto.

Los planes y las perspectivas eran de cuento de final feliz: nos habíamos citado para el comienzo de curso, había que encontrar hueco en las agendas, tras las vacaciones él tenía una boda y yo una conferencia en algún lugar del otro lado del Atlántico. Esta vez los hados no nos fueron favorables y se empeñaron en truncar fatalmente el reencuentro.

Me viene una y otra vez a la cabeza aquel domingo aciago de septiembre en el que una completa impotencia se apoderó de mí cuando recibí la triste noticia a más de 9.000 kilómetros. Un par de días después tenía que impartir una conferencia sobre el Conocimiento en Abierto y allí no pude menos que recordar la figura de Antonio como un propulsor y un defensor de compartir para sembrar nuevo conocimiento. Amante de los libros como ninguno, capaz de comprar sus propios libros —sí, los que él mismo había escrito— para regalárselos a sus muchos, pero que muchos, colegas a lo largo y ancho de todo el mundo, había descubierto en las nuevas tecnologías y en la filosofía del acceso abierto el medio idóneo para romper las barreras y diseminar la semilla de su inagotable intelecto.

Ahora su grupo se ha quedado huérfano y tiene que continuar sin él; ha de seguir y sigue su búsqueda del *GRIAL*, pero sin poder olvidar ni querer olvidar dónde estuvo y quién fue su génesis, e intentando honrar su memoria con los resultados que sabemos le hubieran enorgullecido.

Desde mi rol interino en la gestión de la que fue su segunda casa, la Universidad de Salamanca, sólo me queda cuidar de que su

legado, tanto el publicado como el inédito, con el que se podrían llenar estanterías de obras científicas de primerísimo nivel, se gestione de forma que no se pierda y se comparta “en abierto”, justo como a él le hubiera gustado, para satisfacción de los que tuvimos la inmensa suerte de trabajar con él, para gloria de la Universidad de Salamanca, pero sobre todo para honra y orgullo de su familia y como herencia intelectual para ese nieto que, a las fructíferas alturas de su vida, le había colmado de felicidad y al que citaba sin rubor incluso en actos académicos solemnes (sea el caso de una de las mejores y más divertidas lecciones que por Santo Tomás se han dictado en nuestro ilustre Paraninfo).

Mis disculpas, querido Antonio, maestro, por este texto *in memoriam* que no alcanza la dignidad de tus alturas filológicas; pero quédate seguro, estés donde estés, de que cada palabra aquí vertida es sentida, está escrita desde el corazón y el cariño con afectos infinitos, y desleída con alguna que otra lágrima. Lo cierro con la misma cita de Machado que aquel día te dediqué en Cartagena de Indias:

“Murió el poeta lejos del hogar.  
Le cubre el polvo de un país vecino.  
Al alejarse le vieron llorar.  
Caminante no hay camino,  
se hace camino al andar...”.

*Francisco José García Peñalvo*